

## RIPIOS TROPICALES

# EL PADRE DE LOS GATOS

¡Ved ahí en ese humilde mortal cuyas hebras de plata denotan una penosa existencia al hombre que, sacrificando su propio cuerpo, se debe al mundo doliente!

"Padre de los Gatos" le llaman en todas partes, y yo le llamo padre de los desventurados y protector incansable de los indefensos animales.

Su mirada es apacible y penetrante como la fuerza de su pensamiento, y vive adorando las creencias de lo superior, porque de su voluntad firme que le hace volver la vista hacia donde gime la humanidad desgraciada, nace precisamente la esencia de su inagotable bien, de ese manantial que produce el consuelo a raudales y que lleva a los pechos el alivio para las luchas de la vida.

Los gatos le quieren y parecen admirarle y comprenderle, cuando acuden solícitos al llamamiento de sus distintos silbatos para darles el alimento y contemplarlos.

¡Ved con cuánta paciencia y amor cuida de los gatos más pequeños y les va separando partículas de carne o pescado, para que puedan subsistir y no perezcan de hambre.

Todas las mañanas y tardes lo veréis en el Campo de Marte, rodeado de "su familia", como él llama a los gatos que cuida y socorre, sin que su semblante se altere, ni tenga un gesto de desagrado para los muchos curiosos que blasonando de festivos y satíricos, le llaman loco o chiflado.

¡Loco Isidoro Lombera, el Padre de los Gatos!

Mucho se equivocan los que tal cosa piensan. Su cerebro está perfectamente organizado y su inteligencia y cultura son vastísimas, pero él quiere que la humanidad lo comprenda, que el mundo abra los sentidos y se compenetre de su obra, y esto no puede ser, porque la semilla del bien no fructifica en todos los terrenos, y la maldad y el escarnio se reproducen entre ríscos y peñales.

Ese anciano venerable, cuya plácida sonrisa es el hilo conductor de todas las bondades, no es comprendido en su naturaleza ni en su carácter; miradle con detenimiento y observaréis en el azul ya apagado de sus ojos, que aún queda en sus pupilas el fuego de la ardiente juventud y el vigor inextinguible de la fe.

El Padre de los Gatos es un raro ejemplo de humanitarismo; él pide para luego dar, él solicita para la clase más indigente y en su generoso pecho encuentran albergue todos los que viven desorientados y fuera del lecho bendecido que coberta a los menes-

osos. andes creencias tiene este grande

hombre; venerable no sólo por los rasgos humanitarios que le caracterizan, sí que también por la ancianidad que le reviste, es acreedor de las más honrosas distinciones y beneplácitos, porque allí donde se le comprende y se le admira es donde él busca precisamente el error para luego, con verdaderos sentimientos de ángel tutelar, repartirlo entre sus pobres que lo bendicen y santifican, como bendecían a Jesús los adictos a su doctrina.

Yo admiro al Padre de los Gatos; su figura me revela aquellos ermitaños de la antigua época que hastiados de la vida material del mundo femenino, buscaban el lugar del reposo para acabar con tranquilidad el término de su existencia. Pero Isidoro Lombera no es de esos ermitaños dormidos para la humanidad gimiente: él desprecia la gloria y los honores y cifra toda su ventura en la suprema gracia de los cielos que él dice abrirán sus puertas para recogerlo en su seno, porque vive en el mundo terrenal predicando el bien con el ejemplo y recogiendo dádivas para sus pobres y para sus gatos.

Cuando veáis por esas calles aviesas un hombre encanecido, trajeado decorosamente, pero sin lujos, con un chuchito colocado a medida de leopoldina, y con un semblante alegre a la par que melancólico, decid: es es el Padre de los Gatos, el luchador incansable del ideal más grande de redención, el protector de la humanidad.

Ya han sido muchas las plumas autorizadas, como las de Rendueles y Blanco, las que han trazado a grandes rasgos la silueta del Padre de los Gatos, y yo, que particularmente le aprecio y considero, no puedo, bajo ningún concepto, dejar de dedicarle las frases más sentidas de mi admiración sincera.

No todos los humanos comprenden la obra de Isidoro Lombera; por eso la crítica popular se ceba muchas veces de manera despiadada en quien solamente vive practicando las bondades de su corazón y la infinita nobleza de su alma.

Pero, tenga paciencia el anciano de la canosa barba y los azulados ojos, que si la generación presente no le comprende, ya vendrán nuevas savias de vida que hagan el verdadero panegírico de su obra y le enaltezcan hasta lo inconmensurable, y mientras esto no llega, el cariño de esa caterva gatuna le recompensará los trabajos y desazones de su improba labor.

¡Almiremos al Padre de los Gatos, al protector de la humanidad!

RUFINO PAZOS (Don Lápiz).